

El impostor

JAVIER CERCAS



LITERATURA RANDOM HOUSE

Para Raül Cercas y Mercè Mas

ÍNDICE

PRIMERA PARTE. La piel de la cebolla	13
SEGUNDA PARTE. El novelista de sí mismo	151
TERCERA PARTE. El vuelo de Ícaro (o Icaro).	253
EPÍLOGO. El punto ciego	381
<i>Agradecimientos</i>	427

Si se non nouerit.

OVIDIO, *Las metamorfosis*,
libro III, 348

PRIMERA PARTE

LA PIEL DE LA CEBOLLA

Yo no quería escribir este libro. No sabía exactamente por qué no quería escribirlo, o sí lo sabía pero no quería reconocerlo o no me atrevía a reconocerlo; o no del todo. El caso es que a lo largo de más de siete años me resistí a escribir este libro. Durante ese tiempo escribí otros dos, aunque éste no se me olvidó; al revés: a mi modo, mientras escribía esos dos libros, también escribía éste. O quizás era este libro el que a su modo me escribía a mí.

Los primeros párrafos de un libro son siempre los últimos que escribo. Este libro está acabado. Este párrafo es lo último que escribo. Y, como es lo último, ya sé por qué no quería escribir este libro. No quería escribirlo porque tenía miedo. Eso es lo que yo sabía desde el principio pero no quería reconocer o no me atrevía a reconocer; o no del todo. Lo que sólo ahora sé es que mi miedo estaba justificado.

Conocí a Enric Marco en junio de 2009, cuatro años después de que se convirtiera en el gran impostor y el gran maldito. Muchos recordarán todavía su historia. Marco era un octogenario barcelonés que a lo largo de casi tres décadas se había hecho pasar por deportado en la Alemania de Hitler y superviviente de los campos nazis, había presidido durante tres años la gran asociación española de los supervivientes, la Amical de Mauthausen, había pronunciado centenares de conferencias y concedido decenas de entrevistas, había recibido im-

portantes distinciones oficiales y había hablado en el Parlamento español en nombre de todos sus supuestos compañeros de desdicha, hasta que a principios de mayo de 2005 se descubrió que no era un deportado y que jamás había sido prisionero en un campo nazi. El descubrimiento lo hizo un oscuro historiador llamado Benito Bermejo, justo antes de que se celebrase, en el antiguo campo de Mauthausen, el sesenta aniversario de la liberación de los campos nazis, una ceremonia a la que por vez primera asistía un presidente del gobierno español y en la que Marco iba a tener un papel importante, al que en el último momento le obligó a renunciar la revelación de su impostura.

Cuando conocí a Marco acababa de publicar mi décimo libro, *Anatomía de un instante*, aunque no estaba en un buen momento. Ni yo mismo entendía por qué. Mi familia parecía feliz, el libro era un éxito; es verdad que mi padre había muerto, pero había muerto hacía casi un año, tiempo suficiente para haber digerido su muerte. El caso es que, no sé cómo, un día llegué a la conclusión de que la culpa de mi tristeza la tenía mi libro recién publicado: no porque me hubiera dejado exhausto física y mentalmente (o no sólo); también (o sobre todo) porque era un libro raro, una extraña novela sin ficción, un relato rigurosamente real, desprovisto del más mínimo alivio de invención o fantasía. Pensaba que eso era lo que me había matado. A todas horas me repetía, como una consigna: «La realidad mata, la ficción salva». Mientras tanto combatía a duras penas la angustia y los ataques de pánico, me acostaba llorando, me despertaba llorando y me pasaba el día escondiéndome de la gente, para poder llorar.

Decidí que la solución era escribir otro libro. Aunque no me faltaban ideas, el problema era que la mayoría eran ideas para relatos sin ficción. Pero también tenía ideas para ficciones; sobre todo tres: la primera era una novela sobre un catedrático de metafísica de la Universidad Pontificia de Comillas que se enamoraba como un verraco de una actriz porno y acababa viajando hasta Budapest para conocerla personalmen-

te, declararle su amor y proponerle matrimonio; la segunda se titulaba *Tanga* y era la entrega fundacional de una serie de novelas policíacas protagonizadas por un detective llamado Juan Luis Manguerazo; la tercera trataba sobre mi padre y empezaba con una escena en la que yo le resucitaba y nos zampábamos unos huevos fritos con chorizo y unas ancas de rana en El Figón, un restaurante del Cáceres de su juventud donde más de una vez habíamos comido mano a mano.

Traté de escribir esas tres ficciones; con las tres fracasé. Un día mi mujer me puso un ultimátum: o yo pedía hora con un psicoanalista o ella pedía el divorcio. Me faltó tiempo para visitar al psicoanalista que ella misma me recomendó. Era un hombre calvo, distante y sinuoso, con un acento inidentificable (a veces parecía chileno o mexicano, a veces catalán, o quizá ruso), que en los primeros días no paró de reñirme por haberme presentado en su consulta in articulo mortis. Me he pasado la vida burlándome de los psicoanalistas y sus fantasmagorías pseudocientíficas, pero mentiría si dijera que aquellas sesiones no sirvieron para nada: al menos me proporcionaron un sitio donde llorar a moco tendido; también mentiría si no confesara que más de una vez estuve a punto de levantarme del diván y liarle a puñetazos con el psicoanalista. Éste, por lo demás, intentó guiarme en seguida hasta dos conclusiones. La primera era que la culpa de todas mis desdichas no la tenía mi novela sin ficción o relato real, sino mi madre, lo que explica que yo saliera a menudo de la consulta con ganas de estrangularla en cuanto volviese a verla; la segunda conclusión era que mi vida era una farsa y yo un farsante, que había elegido la literatura para llevar una existencia libre, feliz y auténtica y llevaba una existencia falsa, esclava e infeliz, que yo era un tipo que iba de novelista y daba el pego y engañaba al personal, pero en realidad no era más que un impostor.

Esta última conclusión acabó pareciéndome más verosímil (y menos socorrida) que la primera. Fue ella la que hizo que me acordara de Marco; de Marco y de una lejana conversación sobre Marco en la que me habían llamado impostor.

Aquí debo retroceder unos años, justo hasta el momento en que estalló el caso Marco. Éste desató un escándalo cuyo eco alcanzó el último confín del planeta, pero en Cataluña, donde Marco había nacido y vivido casi siempre, y donde había sido una persona muy popular, el descubrimiento de su impostura provocó una impresión más fuerte que en ningún otro sitio. Así que es lógico que, aunque sólo fuera por eso, a mí también me interesara. Pero no fue sólo por eso; además, el verbo «interesar» es insuficiente: más que interesarme por el caso Marco, lo que ocurrió fue que concebí de inmediato la idea de escribir sobre él, como si sintiese que en Marco había algo que me atañía profundamente. Esto último me inquietaba; también me producía una especie de vértigo, una aprensión inconcreta. Lo cierto es que durante el tiempo que duró el escándalo en los medios devoré todo lo que se escribió sobre Marco y que, cuando supe que algunas personas cercanas a mí conocían o habían conocido a Marco o habían prestado atención al personaje, los invité a comer a mi casa para hablar de él.

La comida tuvo lugar a mediados de mayo de 2005, poco después de que estallara el caso. Por entonces daba clase en la Universidad de Gerona y vivía en un barrio de las afueras de la ciudad, en una casita pareada con jardín. Que yo recuerde, a la reunión asistieron, además de mi hijo, mi mujer y mi hermana Blanca, dos de mis compañeros en la Facultad de Letras: Anna Maria Garcia y Xavier Pla. Mi hermana Blanca era la única de nosotros que conocía bien a Marco, porque años atrás había coincidido con él en la junta directiva de FAPAC, una asociación de padres de alumnos de la que durante mucho tiempo ambos habían sido vicepresidentes: ella, de la demarcación de Gerona; Marco, de la de Barcelona. Para sorpresa de todos, durante la comida Blanca pintó a un viejecito encantador, hiperactivo, coqueto y dicharachero, que se moría por salir en las fotos, y, sin molestarse en esconder la simpatía que en su momento le había inspirado el gran impostor y el gran maldito, habló de los proyectos, las reuniones,

las anécdotas y los viajes que había compartido con él. Anna Maria y Xavier no conocían personalmente a Marco (o sólo lo conocían de una forma superficial), pero ambos habían estudiado el Holocausto y la Deportación y parecían tan apasionados por el caso como yo: Xavier, un joven profesor de literatura catalana, me prestó varios textos relacionados con Marco, entre ellos los dos relatos biográficos más completos publicados sobre él; por su parte Anna Maria, una veterana historiadora que no había perdido el elevado concepto de responsabilidad cívica en que se educaron los intelectuales de su generación, tenía amigos y conocidos en la Amical de Mauthausen, la asociación de deportados que había presidido Marco, y acababa de asistir en Mauthausen, un par de días antes del estallido del caso Marco, a las celebraciones del sesenta aniversario de la liberación de los campos nazis, donde había recibido la primicia del descubrimiento de la impostura de Marco y donde, además, había cenado con Benito Bermejo, el historiador que acababa de desenmascararlo. En mi recuerdo, aquella tarde, mientras hablábamos sobre Marco en el jardín de mi casa, Xavier y yo estábamos sobre todo perplejos; Blanca, entre perpleja y divertida (aunque a ratos intentaba disimular la diversión, quizá para no escandalizarnos); Anna Maria, sólo indignada: una y otra vez repetía que Marco era un sinvergüenza, un mentiroso compulsivo y sin escrúpulos que se había burlado de todo el mundo, pero sobre todo de las víctimas del crimen más espantoso de la historia. En algún momento, como si de golpe cayera en la cuenta de una evidencia dramática, Anna Maria me dijo, taladrándome con la mirada:

—Oye, dime una cosa: ¿por qué has organizado esta comida? ¿Por qué te interesas por Marco? ¿No estarás pensando en escribir sobre él?

Los tres bruscos interrogantes me pillaron desprevenido, y no supe qué contestar; la propia Anna Maria me rescató del silencio.

—Mira, Javier —me advirtió, muy seria—. Lo que hay que hacer con Marco es olvidarlo. Es el peor castigo para ese mons-

truo de vanidad. —En seguida sonrió y añadió—: Así que se acabó el hablar de él: cambiemos de tema.

No recuerdo si cambiamos de tema (creo que sí, aunque sólo un rato: en seguida Marco volvió a imponerse), pero recuerdo que no me atreví a reconocer en público que la intuición de Anna Maria era correcta y que estaba pensando en escribir sobre Marco; ni siquiera me atreví a explicarle a la historiadora que, si al final escribía sobre Marco, no lo haría para hablar de él sino para intentar entenderle, para intentar entender por qué había hecho lo que había hecho. Días más tarde (o quizá fue aquel mismo día) leí en el diario *El País* algo que me recordó el consejo o la advertencia de Anna Maria. Era una carta al director firmada por una tal Teresa Sala, hija de un deportado en Mauthausen y miembro ella misma de la Amical de Mauthausen. No era la carta de una mujer indignada, sino más bien abrumada y avergonzada; decía: «No creo que tengamos que entender las razones de la impostura del señor Marco»; también decía: «Detenernos a buscar justificaciones a su comportamiento es no entender y menospreciar el legado de los deportados»; y también: «El señor Marco habrá de convivir a partir de ahora con su deshonor».

Eso decía Teresa Sala en su carta. Era exactamente lo contrario de lo que yo pensaba. Yo pensaba que nuestra primera obligación es entender. Entender, por supuesto, no significa disculpar o, como decía Teresa Sala, justificar; mejor dicho: significa lo contrario. El pensamiento y el arte, pensaba yo, intentan explorar lo que somos, revelando nuestra infinita, ambigua y contradictoria variedad, cartografiando así nuestra naturaleza: Shakespeare o Dostoievski, pensaba yo, iluminan los laberintos morales hasta sus últimos recovecos, demuestran que el amor es capaz de conducir al asesinato o al suicidio y logran que sintamos compasión por psicópatas y desalmados; es su deber, pensaba yo, porque el deber del arte (o del pensamiento) consiste en mostrarnos la complejidad de la existencia, a fin de volvernos más complejos, en analizar cómo

funciona el mal, para poder evitarlo, e incluso el bien, quizá para poder aprenderlo. Todo eso pensaba yo, pero la carta de Teresa Sala delataba una pesadumbre que me conmovió; también me recordó que, en *Si esto es un hombre*, Primo Levi había escrito refiriéndose a Auschwitz o a su experiencia de Auschwitz: «Tal vez lo que ocurrió no deba ser comprendido, en la medida en que comprender es casi justificar». ¿Entender es justificar?, me había preguntado años atrás, cuando leí la frase de Levi, y me pregunté ahora, cuando leí la carta de Teresa Sala. ¿No es más bien nuestra obligación? ¿No es indispensable tratar de entender toda la confusa diversidad de lo real, desde lo más noble hasta lo más abyecto? ¿O es que ese imperativo genérico no rige para el Holocausto? ¿Me equivocaba yo y no hay que tratar de entender el mal extremo, y mucho menos a alguien que, como Marco, engaña con el mal extremo?

Estas preguntas me rondaban todavía una semana después, en una cena de amigos en la que, según recordaría años más tarde, cuando mi psicoanalista me llevó a la conclusión de que yo era un impostor, me llamaron impostor. La cena se celebró en casa de Mario Vargas Llosa, en Madrid. A diferencia de la comida de mi casa, aquella reunión no se había organizado para hablar de Marco, pero inevitablemente acabamos hablando de él. Digo inevitablemente no sólo porque todos los que asistimos a ella —apenas cuatro personas, además de Vargas Llosa y su mujer, Patricia— habíamos seguido con más o menos atención el caso, sino también porque nuestro anfitrión acababa de publicar un artículo en el que saludaba con ironía el genial talento de impostor de Marco y le daba la bienvenida al gremio de los fabuladores. Como la ironía no es el fuerte de los fariseos (o como el fariseo aprovecha cualquier oportunidad de escandalizarse exhibiendo su falsa virtud y atribuyéndoles falsos pecados a los demás), algunos fariseos habían contestado con irritación al artículo de Vargas Llosa, igual que si éste hubiese celebrado en su texto las mentiras del gran impostor, y es probable que la conversación de la sobremesa

desembocase en Marco por la vía de esa polémica artificial. Sea como sea, durante un buen rato estuvimos hablando de Marco, de las mentiras de Marco, de su increíble talento para el embuste y la representación, de Benito Bermejo y de la Amical de Mauthausen; también recuerdo que hablamos de un artículo de Claudio Magris, publicado por el *Corriere della Sera* y titulado «El mentiroso que dice la verdad», en el que se citaban y discutían algunas observaciones de Vargas Llosa sobre Marco. Naturalmente, yo aproveché para contar lo que había averiguado sobre el asunto gracias a Xavier, Anna Maria y mi hermana Blanca, y en algún momento Vargas Llosa interrumpió mi exposición.

—¡Pero Javier! —exclamó, bruscamente agitado, despeinándose de golpe y señalándome con dos brazos perentorios—. ¿No te das cuenta? ¡Marco es un personaje tuyo! ¡Tienes que escribir sobre él!

El fogoso comentario de Vargas Llosa me halagó, pero, por algún motivo que entonces no entendí, también me incomodó; para ocultar mi embarazosa satisfacción seguí hablando, opiné que Marco no sólo era fascinante por sí mismo, sino por lo que revelaba de los demás.

—Es como si todosuviésemos algo de Marco —me oí decir, embalado—. Como si todos fuésemos un poco impostores.

Me callé y, quizá porque nadie supo cómo interpretar mi afirmación, se hizo un silencio raro, demasiado largo. Fue entonces cuando ocurrió. Entre los comensales de aquella cena estaba Ignacio Martínez de Pisón, amigo mío y escritor conocido entre sus conocidos por su temible franqueza aragonesa, quien rompió el hechizo con un comentario demolidor:

—Sí: sobre todo tú.

Todos se rieron. Yo también, pero menos: era la primera vez en mi vida que me llamaban impostor; aunque no era la primera vez que me relacionaban con Marco. Pocos días después de que estallara su caso yo había leído en el diario *El Punt* (o en un servicio de noticias por Internet creado por el

diario *El Punt*) un artículo donde también lo hacían. Se titulaba «Mentiras», lo firmaba Sílvia Barroso y en él decía la autora que el caso Marco la había sorprendido leyendo el final de una novela mía en el que el narrador anuncia su decisión de «mentir en todo, sólo para contar mejor la verdad». Añadía que yo solía explorar en mis libros los límites entre la verdad y la mentira y que en alguna ocasión me había oído decir que, a veces, «para llegar a la verdad, hay que mentir». ¿Me identificaba Barroso con Marco? ¿Insinuaba que yo también era un embustero, un impostor? No, por fortuna, porque a continuación añadía: «La diferencia entre Cercas y Marco es que el novelista tiene licencia para mentir». Pero, me pregunté en silencio aquella noche, en casa de Vargas Llosa, ¿y Pisón? ¿Hablaba en broma y su propósito era sólo hacernos reír y sacar la conversación de un atasco, o su broma delataba su incapacidad para esconder la verdad detrás de esa pantalla que llamamos buena educación? ¿Y Vargas Llosa? ¿Qué había querido decir él cuando había dicho que Marco era un personaje mío? ¿También Vargas Llosa pensaba que yo era un impostor? ¿Por qué había dicho que yo tenía que escribir sobre Marco? ¿Porque pensaba que nadie puede escribir mejor sobre un impostor que otro impostor?

Al terminar aquella cena pasé horas y horas dando vueltas en la cama de mi hotel en Madrid. Pensaba en Pisón y en Sílvia Barroso. Pensaba en Anna Maria Garcia y en Teresa Sala y en Primo Levi y me preguntaba si, dado que entender es casi justificar, alguien tenía derecho a intentar entender a Enric Marco y justificar así su mentira y alimentar su vanidad. Me dije que Marco había contado ya suficientes mentiras y que por lo tanto ya no podía llegarse a su verdad a través de la ficción sino sólo a través de la verdad, a través de una novela sin ficción o un relato real, exento de invención y de fantasía, y que intentar construir un relato así con la historia de Marco era una tarea abocada al fracaso: primero porque, como recordé que había escrito Vargas Llosa, «la verdadera historia de Marco probablemente no se conocerá nunca» («nunca

sabremos la íntima verdad de Enric Marco, su necesidad de inventarse una vida», había escrito asimismo Claudio Magris); y segundo por lo que decía Fernando Arrabal en una paradoja que también recordé: «Historia del mentiroso. El mentiroso no tiene historia. Nadie se atrevería a contar la crónica de la mentira ni a proponerla como una historia verdadera. ¿Cómo contarla sin mentir?». Así que era imposible contar la historia de Marco; o, por lo menos, era imposible contarla sin mentir. Entonces, ¿para qué contarla? ¿Para qué intentar escribir un libro que no se podía escribir? ¿Por qué proponerse una empresa imposible?

Aquella noche decidí no escribir este libro. Y al decidirlo noté que me quitaba un peso de encima.

Su madre estaba loca. Se llamaba Enriqueta Batlle Molins y, aunque Marco siempre creyó que había nacido en Breda, un silencioso pueblito de la sierra del Montseny, en realidad era de Sabadell, una ciudad industrial cercana a Barcelona. Ingresó en el manicomio de mujeres de Sant Boi de Llobregat el 29 de enero de 1921. Según el expediente que se conserva allí, tres meses atrás se había separado de su marido, que la maltrataba; según el expediente, durante ese intervalo se ganó la vida realizando labores domésticas de casa en casa.

Tenía treinta y dos años y estaba embarazada de siete meses. Cuando los médicos la examinaron, se sentía confusa, se contradecía, la acosaban ideas persecutorias; su primer diagnóstico rezaba: «Delirio de persecución con área degenerada»; en 1930 lo cambiaron por «demencia precoz»: lo que ahora conocemos como esquizofrenia. En la primera página del expediente hay una foto de ella, quizá tomada el día de su ingreso. Muestra a una mujer de pelo negro y liso, de facciones muy marcadas, boca generosa y pómulos salientes; sus ojos oscuros no miran a la cámara, pero toda ella irradia una belleza melancólica y sombría de heroína trágica; viste un jersey negro, de punto, y se cubre la espalda, los hombros y el regazo con un chal que sostiene con sus manos a la altura del vientre, como si quisiera ocultar su inocultable embarazo o como si estuviera protegiendo a su hijo inminente. Esta mujer no sabe que no volverá a ver la calle y que el mundo acaba de abandonarla a su suerte, encerrándola para que se extravíe del todo en su locura.